

EN RESUMEN: UNA HISTORIA EXITOSA

Levy, Daniel C. (2005) *To Export Progress: The Golden Age of University Assistance in the Americas*. Bloomington: Indiana University Press, 401 págs.

La inversión en educación superior realizada en América Latina en los años sesenta y setenta por la Alianza para el Progreso, varias fundaciones estadounidenses, bancos multilaterales y otras instituciones se considera, en general, como un esfuerzo que no logró cumplir con su objetivo. Un análisis superficial confirma esta conclusión. En comparación con los estándares mundiales, el nivel promedio de la calidad de la educación superior en la región sigue estando a la zaga. El número de profesores que poseen títulos de posgrado en las universidades de América Latina y el Caribe es, en promedio, inferior a un tercio, en tanto que menos del 10% tiene doctorado. Los cursos suelen tener un número excesivo de alumnos, los métodos pedagógicos se basan en tecnologías de los años cincuenta y la investigación está circunscrita a un número limitado de centros.

Ante este panorama aparentemente negativo, Daniel C. Levy, profesor de la Universidad Estatal de Nueva York en Albany, entrega antecedentes que dan cuenta de una historia radicalmente diferente. “*To Export Progress: The Golden Age of University Assistance in the Americas*” es un libro basado en muchos años de investigación y, quizás, el único trabajo que analiza este importante tema en forma integral. Un análisis más acucioso de las inversiones realizadas demuestra claramente que el mayor éxito se logró en la transformación de las instituciones. En muchos casos, son precisamente aquellas que recibieron apoyo financiero en la época que Levy denomina “la era dorada” las que lograron los objetivos que las organizaciones donantes intentaban alcanzar y que ahora son líderes regionales en educación superior.

Los esfuerzos de financiamiento realizados en esta “era” se concentraron primero en intentar replicar, en toda la región, los sistemas y las estructuras de la educación terciaria de Estados Unidos. El segundo nivel de asistencia se basó en el fortalecimiento institucional intensivo en ciertas universidades de un grupo selecto de países. Finalmente, los donantes invirtieron en calidad. Levy proporciona un panorama de cómo fueron tomadas las decisiones por las fundaciones, ONG, organismos gubernamentales y bancos multilaterales, y analiza los motivos por los cuales se seleccionaron determinados países y universidades como receptores de la ayuda. Si bien la motivación de los donantes era filantrópica, temas tales como la calidad y los recursos necesarios para cumplir con el nivel de exigencia requerido por un proyecto determinado –como, por ejemplo, la ampliación de un sistema universitario para proporcionar mayor acceso a la educación superior– superaron de lejos su propia capacidad de financiamiento. Si ellos buscaban obtener resultados inmediatos irían directo a la decepción. Frente a este obstáculo, en los años noventa el Banco Mundial abandonó –en buena medida– el financiamiento de universidades, dando como motivo la escasa rentabilidad de las inversiones realizadas, en comparación con los resultados obtenidos en educación primaria y secundaria.

Levy señala que, en muchos casos, los donantes se extralimitaron, pero que muchos otros objetivos menos ambiciosos se cumplieron satisfactoriamente. Una de las áreas exitosas fue la creación de instituciones alternativas capaces de satisfacer demandas especiales de la sociedad que las universidades nacionales no estaban en condiciones de cubrir. De los muchos ejemplos que proporciona en el libro, Levy destaca el caso del Instituto Tecnológico de Costa Rica (ITCR), que se desarrolló gracias a las donaciones destinadas a proporcionar capacitación de calidad en el campo de gerencia intermedia y habilidades técnicas. El ITCR abrió oportunidades de educación superior a una población de estudiantes que tenía escasas o nulas posibilidades de acceder a la Universidad de Costa Rica. A partir de este modesto inicio, con el apoyo focalizado otorgado en los años setenta y ochenta por el Banco Interamericano de Desarrollo

(BID), la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) y el Programa *Fulbright* –este último a través de *Latin American Scholarship Program of American Universities* (LASPAU)– el instituto se desarrolló ininterrumpidamente durante todo el decenio de los años noventa hasta convertirse en una de las principales razones por la cual la empresa de procesadores INTEL invirtió en una planta de fabricación de microchips en Costa Rica, en 1996. El proceso tardó 20 años en demostrar su éxito.

El libro también analiza las inversiones realizadas en edificios universitarios, bibliotecas, reforma curricular y cuerpo docente. Los antecedentes indican que todas han sido fructíferas, a pesar de que, al igual que toda la asistencia proporcionada durante la “era dorada”, se han visto obstaculizadas por cambios políticos exógenos y graves crisis económicas. Por ejemplo, a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta, la Fundación Rockefeller impulsó fuertemente el concepto de profesorado de tiempo completo como condición para otorgar asistencia a la Universidad de Chile. Levy señala que, a mediados de los sesenta, “Chile había llegado a contar con un 38% de personal docente de tiempo completo en comparación con el 6% existente en México (...) Muchos científicos chilenos opinan que el impacto perduró incluso luego de los desplazamientos ocasionados por motivos políticos y económicos”.

El trabajo de Levy es fundamental, dado que, actualmente, las universidades están atravesando por un nuevo periodo de cambios. La historia nos enseña que, si las expectativas son realistas, las inversiones cautelosas pueden tener efectos sumamente positivos en la educación superior. A medida que América Latina y el Caribe se adaptan a la economía del conocimiento, el papel de las universidades se torna cada vez más importante. Incluso el Banco Mundial, revirtiendo sus políticas anteriores, realizó inversiones recientemente en un programa universitario integral en Chile. Al igual que las universidades han estimulado el aumento del número de empleos en lugares como Boston, San Diego, San Francisco y Austin, estas instituciones están desempeñando un papel similar en Bogotá, Santiago, Sao

Paulo, Buenos Aires y Monterrey. Levy describe las lecciones de las que debemos aprender para permitir que las universidades latinoamericanas desempeñen un nuevo papel 25 años después de la “era dorada”.

Ned Strong
Executive Director
Universidad de Harvard
ned_strong@harvard.edu